

LAS GUERRAS CIVILES Y LA BARBARIZACIÓN DE LA VIOLENCIA. (1814-1852)

Autor: Torres, Fernando Claudio.

Correo electrónico: fernandtor@yahoo.com.ar

C.V.

Profesor en Historia (Universidad Nacional de La Pampa), Maestrando en la Maestría en Historia de la Guerra (Escuela Superior de Guerra), profesor en Historia Argentina (1880-1990) e Historia de las Campañas Militares Argentinas (Colegio Militar de la Nación – Facultad del Ejército – UNDEF) – Docente Investigador (Colegio Militar de la Nación). Autor del libro: *Guerras y Estados. La Revolución Militar y la consolidación del Estado Moderno por la guerra*. Buenos Aires, Signos del Sur (Ed.), 2021.

Resumen:

Las guerras civiles forman una parte nodal de la historia argentina del siglo XIX, superponiéndose incluso a las guerras de la independencia, la guerra contra el imperio del Brasil, las campañas al “Desierto”, la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana y la Guerra de la Triple Alianza. Sin embargo, en ella se puede señalar una enorme violencia, llegando a la barbarización de las formas, la idea de la “aniquilación” del enemigo. Entender aquella guerra fratricida permite descubrir en gran medida la formación del Estado Nacional argentino, su consolidación, sus fracturas, su conjunto en general. Se buscará entonces analizar sus causas profundas, el pensamiento de quienes intervinieron en ellas, lo mismo que el desarrollo y las consecuencias de una parte importante de la misma, que abarca el período de 1814 hasta 1852, es decir, hasta la caída de Juan Manuel de Rosas tras la batalla de Caseros. Se analizarán distintos tipos de fuentes, documentos, memorias y bibliografía específica para localizar su génesis, sus motivaciones y sus principales lineamientos.

Palabras clave:

Guerra – Batallas – Unitarios y Federales – Violencia

La guerra menos deseada.

“...y será necesario darles plomo y echarlos de barriga”

Salvador María del Carril

Con aquellas palabras Salvador María del Carril aconsejaba al general Lavalle un trato ejemplificador contra los denominados caudillos del interior, tras el fusilamiento de Dorrego. 1828 es apenas un episodio (para muchos una bisagra), un antes y un después en la pirámide de violencia desatada. Sin embargo, las denominadas guerras civiles habían comenzado mucho antes del magnicidio del líder del partido federal. Ya en 1814, en el combate del Espinillo, se dio cuenta del enfrentamiento dicotómico entre dos formas distintas de pensamiento, y de una misma forma de ejecución resolutiva: la violenta. Estas luchas continuarían durante varias décadas rociando de sangre, fuego y muerte a este territorio nuestro.

El objetivo del presente trabajo no es hacer un recorrido erudito de la lucha armada entre unitarios y federales; es, simplemente, un intento reflexivo para comprender y

explicar las causas y las formas en que se llevó a cabo una lucha que excedió por mucho a las palabras airadas. Ya Platón en sus escritos alertaba de la enorme diferencia que existía entre el *polemos* o conflicto llevado a cabo contra otros pueblos (en línea generales denominados bárbaros) y en donde se podía practicar la violencia sin límites, y la *stasis*, (Platón, 1996, pp 470-471) una especie de anomalía que se daba cuando la guerra se desataba entre los ciudadanos de una misma “polis”. Esta última debía ser reglada, puesto que aquel filósofo consideraba a las guerras civiles como una aberración. Si trasladamos ese pensamiento a nuestras guerras fraternas encontraremos una enorme violencia y crueldad: ¿a qué se debió?

Avancemos entonces. En primer lugar, se nos hace necesario conceptualizar algunos aspectos que pueden resultar evidentes u obvios, pero que a la luz de las circunstancias no lo son. Deberíamos preguntarnos entonces respecto de la diferencia que existe entre las guerras civiles y las guerras internacionales cuando las pensamos en nuestra historia. Sabemos que las guerras internacionales o *polemos* se llevan a cabo contra enemigos externos, pero teniendo en cuenta que América Latina era un espacio colonizado, nuevo y sin una forma política definida en ese entonces, se pueden confundir conflictos bélicos “intra-nacionales” con enfrentamientos “internacionales” o viceversa. Por más que resulte algo obvio, tanto unos como otros son hechos violentos, pero su origen es de raíz diferente, al menos en principio. ¿Cómo discernir entonces la diferencia entre ambos en un territorio en formación?

En el artículo de Alejandro Rabinovich sobre las guerras civiles, en el libro compilado por Federico Lorenz *Guerras de la historia argentina*, se expone un pensamiento que podemos utilizar al respecto cuando el autor se pregunta “¿Esta manera de clasificar los conflictos del siglo XIX es legítima? ¿Acaso la guerra de la Independencia no fue un conflicto civil en el interior de la nación española? ¿Los *gaúchos* de Río Grande del Sur eran para los paisanos orientales de 1827 más extranjeros que los porteños? ¿En qué medida la Confederación Argentina y la Confederación Perú-Boliviana de 1836 representan a naciones enfrentadas? ¿La guerra del Paraguay es escindible de los poderosos levantamientos de montoneras ocurridos bajo el signo federal?” (Rabinovich, en Lorenz, 2015, p. 137) En este sentido, dicho autor reflexiona sobre la dificultad de aplicar categorías europeas, (en donde el concepto de nación estaba mucho más avanzado en ese continente que aquí), a una realidad distinta y en construcción como lo era la América hispánica de ese entonces. Es por tal motivo que sostiene que “(...) no existía en 1814, ni en 1850 ni en 1862 una nación argentina consolidada que sirviese de marco de referencia a los habitantes del antiguo Virreinato del Río de la Plata (...)” (Rabinovich, 2015, p. 138)

Como se puede observar, la cuestión no es para nada sencilla, sino todo lo contrario. Sin embargo, y en función de los límites del presente trabajo, se estudiarán específicamente sólo los conflictos (para poner algún parámetro de análisis) ubicados dentro del actual territorio argentino y del Uruguay, y que se relacionan con las guerras entre las denominadas facciones de “federales” y “unitarios”, con sus antecedentes y sus derivaciones. Esto nos conduce a otro problema más básico que se nos presenta en la conceptualización de las guerras civiles específicamente, y este problema son sus causas, sus orígenes.

Las causas

Los distintos especialistas e investigadores tampoco se ponen del todo de acuerdo, aún cuando se piensa en la obviedad de sus motivaciones. Si se consulta a los protagonistas inmediatos se encuentra desde ya con miradas que pueden aproximarnos al tema. En este sentido, la explicación para el general Paz se derivaría de “(...) la lucha armada de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en

segundo lugar, la gente de campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las mitras aristocratizantes y aun monárquicas (...)" (Paz, 2000, T.I, Cap. X, p. 295). Como vemos, el general Paz observaba una marcada diferencia de sectores, polos opuestos enfrentados. Aunque también se acerca en parte a la visión sarmientina expresada en el Facundo, en donde predomina sobre todo un "determinismo geográfico" (geográfico y, por lo tanto, cultural) de dos ámbitos que se enfrentaron en pos de una supremacía. Esta realidad era percibida en clave "determinista" y de "herencia" española e indígena, que atravesó dicha obra de Sarmiento, y donde la raíz y la razón de la lucha se encuentra en "(...) los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiéranse asignado su parte a la configuración del terreno y de los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, inicua, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la Revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad" (Sarmiento, 2006, p. 38). Así empezamos a comprender aquello que muy bien sostuvo en su *Autobiografía política* el canónigo Juan Ignacio Gorriti en cuanto a que "no es lo mismo romper un yugo que adquirir la libertad" y es esta una verdad que cruzará las guerras "locales" y su desarrollo.

Es recién entrado el siglo XX y en lejanía de los hechos, cuando se ajusta el prisma para entender el origen de los enfrentamientos bélicos entre hermanos, desde una perspectiva de causas cercana a intereses provinciales, más específicamente en la diferencia entre Buenos Aires y el resto de las provincias. Juan Álvarez en *Las guerras civiles argentinas* de 1914 expone su punto de enunciación primordialmente en la capacidad de Buenos Aires de insertarse al mercado mundial por su puerto, y por la disparidad de recursos que existía con los "trece ranchos"¹ del interior. El dominio porteño de la aduana, y la disputa absoluta de recursos materiales y fiscales producidas por la misma, será esencial en tal postura explicativa. Si a esto le sumamos las disputas por la libre navegación de los ríos que no sólo enfrentó a Rosas con ingleses y franceses sino también -y fundamentalmente- con el litoral, observaremos la importancia de los señalamientos teóricos de Álvarez. En este tenor, dentro del desarrollo de las guerras fraternas, estudios como los Mirón Burgin (*Aspectos económicos del federalismo argentino*) o de Tulio Halperín Donghi (*Guerras y finanzas en los orígenes del estado argentino 1791-1850*) constatan la abismal diferencia de los presupuestos provinciales enfrentados a Buenos Aires, y el peso faraónico sobre las finanzas, ejercido por los gastos de la guerra, en las derruidas economías del interior.

Esta situación empieza recién a revertirse cuando en 1862 se nacionalizan las rentas aduaneras y son administradas directamente por el gobierno nacional. Podemos ver sin embargo que, si bien la competencia económica por esta especie de búsqueda de "coparticipación" de los beneficios aduaneros tuvo su peso primordial en las guerras "locales", estas no acabaron con el advenimiento de Mitre a la presidencia, sino que continuaron dieciocho años más, hasta 1880 con mayor o menor intensidad. No es pues sólo la base de índole monetaria y financiera la causal y sustentadora de los enfrentamientos bélicos. Aquí se puede entrever que parte de las presunciones de Paz tienen cierto grado de validez, sobre todo cuando lo que se sostiene son "dos modelos de país".

¹ Forma despectiva con que se denominaba a las restantes trece provincias del territorio de aquel entonces.

Se introduce y se suma a las causas anteriores la “guerra revolucionaria” como un empuje motivacional más a la problemática, es decir, la guerra misma como desencadenante de más guerras. Cabría aclarar entonces que la revolución de 1810 permitió el traslado de los enfrentamientos más allá del territorio y de los intereses de Buenos Aires, (que con la anterior experiencia de las Invasiones Inglesas ya había llevado a la militarización de buena parte de su población) y desencadenó un efecto dominó imparable. La “guerra revolucionaria” esparcida hacia todas partes del otrora virreinato tendrá su costo y también su vuelto en más guerra. Primordialmente propulsando la amplitud social del proceso revolucionario, que conmocionó todos los aspectos de los lugareños, desde lo económico hasta lo cultural. Obviamente que esta amplitud social complicó aquello que desde el marxismo se denomina como “relaciones de clase”, y llevó a un punto tal que como sostiene Pablo Camogli en su *Batallas entre hermanos* era necesario mantener el equilibrio de intereses sectoriales que se “(...) traduce en el dominio del poder mediante el control del aparato del Estado, el manejo del comercio y el predominio cultural (...)” (Camogli, 2009, p. 25). Podemos pensar que en la búsqueda de ese equilibrio todos los gobiernos (con pretensiones supra-regionales) intentaron imponerse a los planos locales. Este intento de imposición produjo un efecto corrosivo y de doble filo ante la resistencia autonomista del interior que originó una escala de violencia o, para decirlo en palabras de este autor, “Así la revolución se hace guerra y la guerra se hará paisaje cotidiano” (Camogli, 2009, p. 21). De esta manera la violencia se va a imponer cuando los argumentos de uno y otro lado se acaben. Vemos entonces que en un comienzo se enfrentan el poder central porteño y el artiguismo de la Liga de los Pueblo Libres con su proyecto confederado, y que luego de ser derrotado este último se trasladará la disyuntiva a los enfrentamientos entre unitarios y federales, eliminándose ya la pertenencia geográfica (tan cara a Sarmiento) y tomando la forma de “partidos”, pero sobre todo y fundamentalmente de “partidos armados”².

El comienzo

¿Cómo se fue expresando aquel enfrentamiento? Al comienzo de este modesto y breve trabajo sostuvimos como ejemplo inicial de la “guerras civiles” al combate del Espinillo y en este sentido es interesante observar que en el mismo ya se aprecia el pensamiento divergente en ciernes. Podemos rastrear como antecedente del conflicto la política de armisticio y repliegue con los realistas de Montevideo sostenida por el Primer Triunvirato³. La posterior elección de Artigas como jefe oriental con su repudio al armisticio. La continuación de la guerra y la denominada Redota son la antesala de lo que vendrá. La renovada ofensiva (Sarratea mediante) con el sitio de Montevideo; las desavenencias con Artigas y el retiro de este último en enero de 1813; las acusaciones de “traidor a la patria” de Sarratea; la expulsión de los diputados orientales de la Asamblea del año XIII, y la asamblea de Tres Cruces con la designación de Artigas como jefe supremo con gobierno propio. Todos estos hechos aceleraron el proceso de enfrentamiento.

Finalmente, la violencia hace su aparición en el enfrentamiento de grupos de guaraníes (junio de 1813) en Mandisoví, y en la ocupación de Arroyo de la China (actual Concepción del Uruguay) por parte del teniente coronel Hilarión de la Quintana en representación de Buenos Aires. A estos hechos se suman las fuerzas del gobierno central comandadas por el coronel austríaco Eduardo Kainitz, más conocido por su título de barón de Holmberg, con quinientos hombres que buscaban destruir a Artigas

² Entiéndase que la idea de partidos está alejada de la concepción moderna actual. La idea de partidos es aquí tomada en el sentido de facciones o grupos de intereses contrapuestos.

³ Tal actitud será uno de los motivos de la caída del gobierno del Primer Triunvirato en 1812.

y a sus tropas. Este último movilizó a su vez a sus jefes Hereñú, Blas Basualdo, Ortogués y Francisco Ramírez. Ortogués atacó y recuperó Arroyo de la China, y luego derrotó a De la Quintana en el Paso de Gualeguaychú.

El golpe final se dio cuando se produjo el primero de los enfrentamientos de dimensiones reales de las guerras civiles en el arroyo del Espinillo, hacia finales de febrero de 1814. Es interesante observar en el mismo una diferencia bastante común en la composición, formación y armamentos entre los enemigos enfrentados. Por un lado, las fuerzas del barón Holmberg estaban compuestas por unos quinientos soldados de las tres armas⁴ (algunos autores sostienen que eran unos trescientos) mientras que las tropas artiguistas estaban conformadas por novecientos hombres mal armados. El ataque de Hereñú obligó a las dos columnas de Holmberg a adoptar la formación de cuadro para resistir la investida. Al retirarse los artiguistas, Holmberg "(...) comprobó con horror que un tercio de sus hombres se iba alegremente con ellos, llevándose toda su caballada." (Rabinovich, 2015, p. 144) En poco el combate estaba perdido y sus tropas pasándose en masa al enemigo, razón por la cual su jefe debió presentar su rendición. Lo interesante al respecto no es sólo el inicio real y contundente de las hostilidades en función de sostener pensamientos distintos, sino más bien aquello que Rabinovich rescata como una lección de este enfrentamiento: ¿Por qué triunfan los artiguistas que estaban peor armados y organizados? La respuesta del investigador es clara: porque las fuerzas porteñas estaban integradas casi totalmente por gente de las provincias del interior: blandengues y milicias de infantería de Santa Fe, Pardos de Punta Gorda, e incluso el Regimiento 2 porteño que era el antiguo batallón de Arribeños; es decir, con soldados de las provincias de "arriba". En este sentido, el parte de la acción del Espinillo expresa que antes de capitular los oficiales santafesinos "(...) no podían entrar en acción más sobre todo que estaban dispuestos á no batirse contra los del Paraná siendo todos amigos o parientes". (Rabinovich, 2015, p. 145) Vemos que el odio a lo "porteño" empieza a caldear el teatro de operaciones de las futuras luchas.

Aquí, además, caben algunas aclaraciones que se suman o profundizan las motivaciones de la guerra civil. Pensemos que en un principio la llamada lucha por la independencia fue sostenida económicamente por la vieja capital virreinal. Durante el primer quinquenio (1810-1815) Buenos Aires destinó más del sesenta y cinco por ciento (Camogli, 2009) de su presupuesto, pero a medida que el conflicto se alejó de sus fronteras o incluso por el efecto de la "balcanización" del territorio⁵ (con el consecuente empequeñecimiento de la región y por lo tanto con menos necesidad de envío de remesas de metálico) el mismo fue disminuyendo progresivamente. Para el segundo quinquenio (1816-1820) bajó a menos del cuarenta y cinco por ciento para caer de forma definitiva luego de Cepeda⁶. Esto a su vez va a producir o accionar a otras fuerzas. Por un lado, la acumulación de poder económico y militar por parte de Buenos Aires que ya no debe mantener el conflicto (¿externo?) contra las fuerzas realistas (esto provoca además el resentimiento económico del resto de las provincias al no "co-participar" sus ganancias); y por el otro, el recrudescimiento en el interior por las requisas, expropiaciones, impuestos forzosos que implicaron violencia, saqueos y todo tipo de injusticias para el mantenimiento de los gastos bélicos. La guerra, como vemos, se reproduce a sí misma. Un buen ejemplo de aquello son las palabras del Supremo Entrerriano Francisco Ramírez, quien luego de derrotar a su otrora aliado y mentor Artigas, tras perseguirlo hasta el Paraguay pasando por Corrientes, sostiene que "Poco importa que los correntinos ladren si no pueden morder. A usted le

⁴ Infantería, caballería y artillería.

⁵ Piénsese que el antiguo Virreinato del Río de la Plata se dividirá en cinco países nuevos (Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile)

⁶ La primera batalla. 1 de febrero de 1820.

corresponde aplicar los correctivos” (le escribe a su teniente del norte). Había sacado (¿o saqueado?) de Corrientes veinte mil caballos y setenta mil cabezas de ganado. (Busaniche, 1979, p. 419).

La violencia cotidiana

Pensemos entonces en los picos de brutalidad extraordinarios que se producirán en las guerras civiles y que se nutrirán de diversos factores tales como la irregularidad de las formas de combate, el odio que lentamente fue formando a los sectores enfrentados o la falta de una distinción lo suficientemente clara entre combatientes y no combatientes en una época de ausencia de uniformes, de organización militar y muchas veces hasta de armas de fuego. Respecto al odio o recelo, cabe aclarar que no se produjo de la noche a la mañana, como bien sostiene Félix Luna en su ensayo de 1982 *Buenos Aires y el país*, ya desde sus inicios “este poblacho escaso y aislado provocó desde su creación, resistencias y celos...” (Luna, 1982, p.19) Primero con Lima por el manejo de las riquezas del Potosí, pero luego con las otras ciudades del *Hinterland* de la región. Había una relación de intereses enfrentados o en palabras del mismo autor “(...) algo funcionaba mal en el virreinato desde que la prosperidad de Buenos Aires significaba la decadencia del interior y viceversa”. (Luna, 1982, p. 42) Esta relación enfermiza se prolongaría durante el período revolucionario, acentuándose con la pérdida del Potosí y el aumento de la dependencia hacia la “hermana mayor”.

Por otro lado, la población civil fue arrastrada de forma constante a las guerras (sean estas de la independencia o fraternas, acelerando el proceso de militarización hacia el interior) con reclutamientos forzosos que diezaban familias enteras. Las economías regionales se vieron trastocadas, lo mismo que el orden social, para finalmente ascender en la escala de violencia de los enfrentamientos, en el odio visceral de las partes. Para graficar más este aspecto, diremos que entre los años de 1814 (inicio de las guerras civiles) hasta 1820 (caída del Directorio), como ejemplo de una pequeña fracción de tiempo, se produjeron nueve campañas militares desde Buenos Aires hacia el Litoral en donde Santa Fe quedó prácticamente arrasada. Pero este camino también significó un costo para la “gran aldea”, como lo demuestra la Sublevación de Fontezuelas, que produjo entre otras cuestiones la caída de Alvear (y su posterior exilio) en 1815. Sin embargo, este suceso no supuso el fin de las luchas fratricidas como pensó Artigas, todo lo contrario.

Si se inspeccionan los partes de batallas del período que va sólo desde 1810 a 1825 (que podríamos pensar como un primer ciclo), cruzándolo con trabajos de investigación exhaustivos, tales como los de Félix Best (*Historia de las guerras argentinas*) o Isidoro Ruiz Moreno (*Campañas militares argentinas*), que contienen una enorme cantidad de datos y fuentes documentales, nos encontraremos con el escalofriante número cercano a las sesenta y nueve batallas y combates. Más de ciento setenta partes (Benencia, 1973, Vol 3) y oficios sobre este período nos hablan de la violencia ejercida. En las veintinueve batallas propiamente dichas se puede estimar la suma de tres mil trescientos setenta y dos muertos que, si se le agregan a los cuarenta combates restantes y promediando la cantidad posible de soldados periclitados, el total puede llegar a unas cuatro mil quinientas personas. Estos números son en verdad terribles, sobre todo si se piensa en la escasa población del territorio en aquellos años. Pero además de la violencia estimable en el número de defunciones en combate, sirve verificar la geografía en donde fue ejercida. Según ello se pueden localizar diecinueve enfrentamientos que se dieron en Entre Ríos, unos quince en Santa Fe, diecisiete en el territorio comprendido por Corrientes y Misiones, siete en Buenos Aires, seis en Córdoba, tres en la Banda Oriental del Uruguay, uno en Mendoza y otro en San Luis (Camogli, 2009, p. 70). Así, tras la decapitación de

Ramírez, el fusilamiento de Carrera y el saqueo de San Nicolás por Dorrego (entre otros hechos violentos), vemos un panorama en donde ya no se perdona la vida de prisioneros (civiles y militares) y donde se destruyen las propiedades de los mismos. La violencia se recrudece y ya pareciera no tener retorno.

La barbarización de la violencia

Por supuesto que hablamos de guerra y esto implica violencia, sin querer pasar por ingenuos bien se podría contraargumentar que todos los procesos bélicos de la época (y no sólo las guerras civiles) tuvieron su cuota lógica de la misma. El fusilamiento de Liniers en 1810 es un comienzo: el mismísimo Belgrano ejerció la misma al mandar a fusilar al coronel Borges cuando este en 1816 intentó una rebelión en Santiago del Estero, o finalmente la decapitación tras su muerte (por parte de los realistas) el mismo año de Ignacio Warnes en la batalla de El Pari, dan cuenta de la violencia. Pero la cuestión pasa por el odio extremo que se estaba alcanzando y que recrudeció en los conflictos civiles. Como bien explica Rabinovich al citar un documento del Museo Mitre, cuando “unos meses después de Cepeda, donde fueron derrotadas las últimas fuerzas directoriales, José Celedonio Balbín se alojó en una posta cercana al campo de batalla. Al salir al patio se encontró con una veintena de cadáveres ya en esqueleto, tirados al pie de un árbol, comidos por los cerdos del establecimiento y por millares de ratas. Consternado, se dirigió al maestro de posta para pedirle que se enterrasen los cuerpos. El maestro le respondió: “No haré tal cosa, me recreo en verlos, son porteños.” (Rabinovich, 2015, p. 147)

El odio al porteño estaba al orden del día y su poder económico sobre el resto de las provincias era si no envidiado, al decir del General Paz, al menos criticado. El diario mendocino “El Eco de los Andes” en 1825 dejaba pues un testimonio muy interesante en cuanto a la mirada del interior al sostener que a “...pesar que Buenos Aires reclama tanto contra las restricciones, no se ha descuidado en cargar en los impuestos a la introducción de sombreros en protección de sus fábricas; ha calculado muy bien cuánto cuesta a los extranjeros un sombrero puesto en la plaza de Buenos Aires, y cuánto cuesta en su fábrica, y dejando lugar a una moderada ganancia ha graduado los impuestos. Esta es una medida justa y aunque no es conforme a las reglas de los economistas nadie se ha agraviado. Hoy nos cuesta un sombrero en el mercado ocho pesos cuando antes de esos impuestos los teníamos por cinco, y los pagamos muy gustosos porque esa diferencia que ocasionan los nuevos impuestos es la protección de las fábricas de una de las provincias hermanas, y porque de otro modo no se puede inclinar la balanza a favor del comercio del país. ¿Por qué, pues, Buenos Aires no tiene esa misma consideración a las provincias? ¿No somos hermanos? ¿No tenemos derecho a una misma herencia? ¿No pertenecemos a una misma patria? ¿No estamos identificados por unas mismas costumbres, y recíprocamente unidos por unas mismas leyes, un mismo idioma y una misma religión? ¿Es posible que vínculos tan fuertes hayan de despedazar el interés particular?” (Segreti, 1951) Este pensamiento es compartido en el Interior, y se debe que la situación económica de las provincias en verdad es patética. En el estudio del historiador polaco-norteamericano Mirón Burgin se reproducen algunos de los ingresos provinciales: San Juan recaudaba para 1836 unos diez mil setecientos pesos, mientras que Tucumán veintiún mil, Córdoba unos sesenta y siete mil pesos, mientras que Corrientes lograba juntar la gran suma de ciento treinta y tres mil pesos. A todo esto y en el mismo lapso Buenos Aires recaudaba la fantástica cifra de cuatro millones ochocientos mil pesos, de los cuales un sesenta y tres por ciento provenía de la aduana. Esta diferencia en los ingresos fue una de las claves centrales que caracterizó a la formación de las fuerzas o ejércitos de Buenos Aires (en todos los períodos o ciclos de guerras) compuestos por las tres armas, uniformados y perfectamente equipados, frente a las montoneras federales y

también por qué no unitarias (como las de Lavalle en 1840) que inversamente siempre carecieron de todo.

Luego de la “Feliz Experiencia” y ya en época de la presidencia de Rivadavia, se inicia otro período o ciclo de las guerras civiles, matizadas por las consecuencias de la guerra con Brasil y la independencia del Uruguay. Por un lado, las tropas de Lavalle y Paz avanzaron sobre sendos objetivos (Buenos Aires y Córdoba) fusilando el primero a Dorrego (hecho que agravó la lucha armada fratricida) y el segundo expulsando a Bustos (con quien compartiera en primera instancia el camino del motín de Arequito) luego de ocho años de gobierno. Respecto del fusilamiento de Dorrego y sin querer profundizar en un tema ya muy tratado convenimos con la visión de Camogli cuando sostiene que: “(...) se comenzaba a gestar un cambio decisivo y trágico para la historia de nuestras guerras civiles: la barbarización de las prácticas militares. Si bien hasta entonces se habían registrado hechos de salvajismo, a partir del asesinato de Dorrego la brutalidad se transformaría en método cotidiano” (Camogli, 2009, p. 86)

Las luchas intestinas continuaban obviamente con su cuota de derramamiento de sangre, el fusilamiento de Bernabé Aráoz (es una clara demostración) tras su derrocamiento por parte de Javier López (también este sería fusilado, pero una década después), quien a su vez es derrocado en 1825 por el sobrino de Aráoz, el coronel y luego general Gregorio Aráoz de Lamadrid (que fusilara al nombrado coronel Borges por orden de Belgrano). ¡Una cadena enorme e interminable! Pero aprovechemos este momento para tomar a la vida Gregorio Aráoz de Lamadrid como una prueba de aquellos años violentos. De este militar, afamado por su valentía y de impecable foja en las guerras de la independencia, se puede dar cuenta de las distintas batallas del período de luchas fraternas en las que participaría, y como testimonio de la enorme belicosidad y brutalidad en que se vivió entonces.

Una vida de guerra

Lamadrid lucharía bajo el mando de Bustos en la batalla de la Herradura (1819); tendría su papel en el motín de Arequito, pero con intención de sofocarlo de forma bastante drástica, como consta en sus *Memorias* de 1850 al decir de sus propias palabras al general Fernández de la Cruz: “¡Si el señor general quiere autorizarme, ahora mismo voy y fusilo al general Bustos en presencia de su regimiento! ¡No tengo yo temor alguno de que ningún individuo de mi cuerpo me sea infiel, al menos en la tropa!” (Lamadrid, 1968, T.I, p. 146) Luchó luego contra Francisco Ramírez, quien lo derrotó en Coronda; se sumó a la campaña de Arenales contra el último jefe realista en el Alto Perú en 1825; en ese mismo año tomó por la fuerza el gobierno de Tucumán. Se enfrentó a Facundo Quiroga en 1826 en la famosa batalla de El Tala en donde es derrotado y dado por muerto (allí sufrió todo tipo de heridas, cortes de nariz y oreja, herida de lanza en el estómago, costillas rotas y, además, recibió un disparo de gracia para asegurarse de que hubo muerto; sin embargo, sobrevivió para dar cuenta de la violencia sufrida y de la que desatará a su vez luego este fiero y valeroso personaje). Es vencido posteriormente en la batalla de Rincón de Vallederes (en donde Quiroga hizo fusilar a varios oficiales prisioneros) en 1827. Participó en la revolución de Lavalle que derrocó a Dorrego; peleó en la batalla de Navarro; estuvo en el fusilamiento de Dorrego (aunque intentó disuadir al general Lavalle). Luego se unió a Paz en las victorias de San Roque y la Tablada. Esta última batalla tuvo hasta ese momento el record de muertos en combate (en las guerras civiles)⁷. Según Félix Best “1.000 fueron los muertos y heridos en ambos días del combate y 500 los prisioneros federales, entre ellos Aldao; las pérdidas unitarias no se conocen, pero se presumen muy inferiores (...) Algunos oficiales prisioneros fueron fusilados por orden de Deheza,

⁷ Luego superada por siguientes batallas que dan testimonio del aumento de la violencia.

lo que produjo la reacción de Quiroga, quien hizo lo propio después como represalia, tornándose la guerra más horrible y sangrienta” (Best, 1960, T.I, p. 380). Si tomamos los cálculos de Lamadrid, de ochenta entre muertos y heridos propios y les sumamos los cien fusilados por Deheza siguiendo el procedimiento de quintar⁸, nos da la espeluznante cuenta de mil ciento ochenta bajas.

Prosiguiendo con el recorrido militar (y vida) de Lamadrid, luego de La Tablada se destacó también por su crueldad en la pacificación contra los federales; ya ascendido por Paz a general, participó bajo sus órdenes en la batalla de Oncativo. Dicho enfrentamiento logró la derrota definitiva del Tigre de los Llanos que debió huir a Buenos Aires dejando según el trabajo de Efraín Bischoff *Historia de Córdoba* unos quinientos sesenta y cinco muertos y mil doscientos cuarenta y seis prisioneros, entre ellos otra vez el “fraile general” Félix Aldao. Una nota al pie es la persecución de Quiroga, en donde al parecer Lamadrid la realizó junto con Pringles por un espacio de cinco leguas, tras haber lanceado y acuchillado a cuanto enemigo se les cruzara. El mismo Lamadrid relata que ordenó la ejecución en dos oportunidades de enemigos capturados luego de obtener información sobre el paradero de Quiroga. Mandado luego por Paz a tomar La Rioja, es célebre el asesinato de cerca de doscientos soldados federales en represalia por la muerte de su segundo Pedro Melián, o los métodos violentos utilizados para encontrar los supuestos tesoros de Quiroga. La anécdota de la madre del Tigre de los Llanos encadenada barriendo la plaza ya es hartamente conocida para relatarla, pero bien sirve recordarla al menos como otro ejemplo de violencia.

Mientras tanto, Quiroga avanzaba de nuevo con una pequeña fuerza de presos y voluntarios que se fue engrosando, (a medida que se acercaba desde Buenos Aires hacia Córdoba) con soldados que el coronel Pacheco le remitiera tras su victoria sobre el coronel unitario Pedernera en Fraile Muerto, en febrero de 1831. Así pues, tras vencer a Pringles cerca de San Luis (en donde murió dicho militar) Quiroga venció a José Videla Castillo en Rodeo de Chacón, luego de la cual y en represalia por el asesinato de su amigo el general Benito Villafañe mandó a fusilar a unos veintiséis oficiales prisioneros. Con esta victoria Quiroga volvió a atraer prestigio sobre su figura. Todo presagiaba el momento cúlmine de los enfrentamientos, otro duelo entre Paz y Quiroga. Para tal motivo el manco había comprado doscientos fusiles nuevos con sus respectivas bayonetas, doscientas tercerolas, doscientos cuarenta y dos sables, diez quintales de pólvora de cañón y ocho mil piedras de fusil (Ruíz Moreno, 2007, T.I, p. 507). Sin embargo, sería Lamadrid quien debería campear aquellas circunstancias de forma inesperada.

Tras la captura del general Paz, por esas cosas del azar que cambian el rumbo de la historia, Lamadrid tuvo que hacerse cargo del ejército de la denominada “Liga del Interior”. Sin embargo, no estuvo a la altura táctica de su antecesor y luego de ver disminuidas sus fuerzas fue derrotado por Quiroga en la Batalla de Ciudadela. Tras dicha batalla, en donde no se tiene datos exactos de los muertos, se sabe que Quiroga “hace pasar por las armas a los jefes y oficiales, en total 33, con excepción del coronel Barcala” (Best, 1960, T.I, p. 390). Lamadrid debe entonces exiliarse a Bolivia terminando así la guerra o ciclo de la misma que había durado tres años de sangre.

Hemos visto, por un lado, una verdadera escalada de violencia alrededor de la vida de Lamadrid, pero diremos sin privarnos de nada que no era exclusiva: personajes como el coronel Ramón Estomba, héroe de la independencia bajo las órdenes de Belgrano y fundador de Bahía Blanca, también fue perpetrador de degüellos y fusilamientos al

⁸ Se denomina así al método de elegir por sorteo a uno de cada cinco soldados, así como diezmar es uno de cada diez. Pablo Camogli sostiene que fueron 120 los fusilados, op. cit. p.97

recibir la orden de Lavalle de pacificar el interior allá por el año 28. De Estomba se cuenta por ejemplo que víctima de la locura o de desequilibrios psicológicos “ejecutó a un número indeterminado de paisanos que se negaron a dar información sobre la montonera, matando él mismo a hachazos, y llegando en algunos casos a atar al suplicado a la boca de un cañón dándosele fuego” (Rabinovich, 2015, p. 149). Del lado federal, por poner un ejemplo, el “fraile general” Félix Aldao es expresión célebre de violencia. En la batalla de Pilar en Mendoza, cuando se entera del asesinato de su hermano (a quien mandara a parlamentar) y tras la derrota de las fuerzas enemigas del comandante Moyano, decidió fusilar a varios prisioneros. Se cuenta que el mismo Aldao lanceó a varios. Entre los muertos de renombre se encontraba Francisco Laprida, presidente del Congreso de Tucumán de 1816. Un joven Sarmiento se salvó de aquellas ejecuciones. Aldao también es quien ordenó el fusilamiento y decapitación tiempo después del coronel Mariano Acha.

Finalmente, este segundo ciclo de guerras dejaría entonces un saldo general de sesenta y tres batallas y combates, curiosamente cuarenta y seis de las mismas se concentrarían en los años 1829 (con dieciocho) y 1831 (con veintiocho). Desde el plano territorial los enfrentamientos armados se propagaron a varias provincias, sobre diez de las catorce, pero hubo principalmente una concentración sobre Córdoba con quince, Buenos Aires con doce, Catamarca, Santiago del Estero y Tucumán siete cada una. Los números de muertos se incrementaron en este período, sólo en 33 combates de los que se tiene bastante información se computan unos tres mil ochocientos cincuenta y tres fallecidos, que si se les suma los muertos en la batalla de Ciudadela (quinientos presumiblemente) superaría los cuatro mil trescientos. Si se le agregan un promedio estimativo y probabilístico de los restantes combates, de los que se carece de información, la cifra podría llegar a los cinco mil quinientos muertos.

Dejemos por ahora a Lamadrid y sumerjámonos en el tercer y último episodio (al menos desde la perspectiva de alcance del presente trabajo) de las guerras civiles. Este tercer ciclo lo ubicaremos inmediatamente tras la campaña al desierto de Rosas, y cabalgará por sobre todo su gobierno, hasta su eventual caída de 1852. Hemos dejado fuera a la guerra contra el indio, puesto que si bien algunos historiadores asumen que se podría incluir a los denominados pueblos originarios en las guerras civiles (por su participación en algunos hechos de la misma, al igual que los pobladores del ya entonces país del Uruguay) creemos que si bien la nacionalidad se estaba construyendo (y por lo tanto la nacionalidad tanto de los indios como de los criollos es relativa), la inclusión o no de dichos pueblos (en el caso aborigen) es un debate que excede nuestra intención.

Como punto inicial del período notaremos *a priori* un aumento en la violencia e intensidad de la lucha, que lejos de medrar se volverá una verdadera calamidad para las poblaciones del territorio. Se caracterizará por un acrecentamiento también de los componentes “extranjeros”, (en el caso de los “orientales” relativamente extranjeros si nos atenemos a lo sostenido con anterioridad) ingleses y franceses con sus bloqueos, o incluso de otras nacionalidades como italianos y brasileros (no nos abocaremos a sus intervenciones para no desviar más nuestra mirada sobre la temática). El teatro de operaciones será también distinto al ensancharse e incluirse, como en el primer ciclo de guerras fraternas, el territorio uruguayo.

Una característica del período devendrá en que los cambios y posturas partidarias las harán más difusas o mixturadas. Por un lado, porque se dará el predominio de la campaña bonaerense sobre la “gran aldea” en donde se revierte la desigualdad representativa hacia 1832 en la Legislatura al contar con “25 representantes, frente a los 24 con los que ya contaba la ciudad” (Ternavasio, 1995, p. 82). Aquí se comienza a entender el poder que resultó la base sobre la que en parte Juan Manuel de Rosas se

sostuvo, el campo, que llevó al “caudillo” a la ciudad (algo insoportable para Sarmiento). Por otro lado, también lo fue el “centralismo” que lindaba con aquello que se pensó como unitario, pero embanderado en un “federalismo autonomista porteño”, que se opuso a una Constitución Nacional y sobre todo a la nacionalización de las rentas de la Aduana, pero que mantuvo en un estado de unión forzosa al territorio, aunque de forma sangrienta. Es muy interesante al respecto la postura de Isidoro Ruiz Moreno cuando sostiene que “(...) bajo las exterioridades “federales” (color, leyenda, adhesiones), se implantó un crudo régimen unitario, en que las Provincias fueron supeditadas a los dictados del mandatario porteño. Hubo *federales* y *unitarios*, pero con el sentido contrario que se le dio (...)” (Ruíz Moreno, 2008, T.2, p.64)

Este período tiene como antesala el dominio equilibrado de los tres caudillos federales López, Quiroga y Rosas, (cuestión que pronto se inclinaría a favor del último), y también con el enfrentamiento entre federales “apostólicos” y “cismáticos” (que también desembocaría hacia Rosas). Los perdedores de aquella última disputa marcharán al exilio, y engrosarán las filas del antirrosismo en una heterogénea masa de viejos unitarios, nuevos liberales y federales “lomos negros” que rompe aquella unívoca, generalizadora y absurda carátula de “salvajes unitarios”⁹. Tal vez fueran bastante salvajes en su accionar bélico (aunque no todos), pero veremos que los “federales” de Rosas supieron acompañar muy bien aquella danza de guerra y sangre.

El factor que en verdad inicia el nuevo ciclo de luchas será otro magnicidio de un líder federal, en este caso el asesinato de Quiroga en 1835 (aunque existe la famosa carta de Facundo a Rosas en donde se autoproclama unitario). Sin entrar en muchos detalles para no desviarnos del camino principal, solo diremos que víctima de los mutuos resquemores que lo tenían un tanto alejado de Estanislao López, pereció por orden de los aliados de este, los hermanos Reinafé, que gobernaban Córdoba. Sin embargo, este crimen terminó favoreciendo el retorno al poder de Buenos Aires de Rosas con la Suma del Poder Público. Tras la ejecución en 1837 de los asesinos de Quiroga en “Buenos Aires” (un detalle a tener en cuenta respecto al poder que ya demostraba el Restaurador) o de la posterior muerte de Estanislao López en 1838, nos encontramos con un Rosas que lentamente aumentó su jurisdicción de intervención a todas las provincias. El “poder central federal” (aunque suene contradictorio) producirá una de las sangrías de vidas más terrible hasta entonces. Y es que Rosas, con motivo de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, había conseguido “que le concedieran *“la plenitud de facultades”* para proveer a todo cuanto conviniera *“al orden y tranquilidad de que felizmente gozan los pueblos confederados”*. Se trataba, ni más ni menos, que disponer del poder de policía interior en toda la Argentina, requerido para el tiempo de guerra, su ejercicio se prolongaría indefinidamente” (Ruiz Moreno, 2008, p. 69).

Volviendo entonces al recorrido original, nos encontramos con un panorama en principio salpicado sólo (sin ánimo de menoscabar tal horrendo hecho) con la muerte del caudillo riojano y la posibilidad de llamar a un Congreso General Constituyente. Esta posibilidad no es aprovechada intencionalmente y, todo lo contrario, se promueve la intervención en una guerra lejana a Buenos Aires, al norte¹⁰. Tan al norte que Buenos Aires se desentenderá inmediatamente apenas de iniciadas las hostilidades. Hay una novedad que se sobrepone como novedosa y es que Rosas está dispuesto a asentar su régimen en todos los aspectos, incluso en lo simbólico. Esto puede verse claramente en la carta fechada el 23 de marzo de 1836 dirigida al coronel Vicente González, “el carancho del monte”, en donde expone: “He entregado al Coronel una

⁹ Desde ahora llamaremos a los enemigos del régimen rosista como unitarios, pero entre comillas.

¹⁰ Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana 1836-1839. La participación o enfrentamiento con las Provincias Unidas será breve y no favorable a Rosas (al menos en el plano militar).

hermosa bandera que debe remitir a V. en primeras carretas, con el correspondiente oficio. Esta es para los días de celebridad en ese punto. Sus colores son blancos y azul un sol colorado en el Centro y en los extremos el gorro punzó de la libertad. Esta es la vanderla Nacional por la Ley vigente. El color celeste ha sido arbitrariamente, y sin ninguna fuerza de la ley Nacional introducido por los malvados de los Unitarios. Se le ha agregado el letrero de Viva la Federación! Vivan los Federales y Mueran los Unitarios!" (Benencia, 1973, p. 448) ¿Acaso puede haber mayor fundamento legitimador de la violencia que la inclusión de tal leyenda en la bandera nacional?¹¹ Por supuesto que la violencia no es exclusiva de los "federales" de Rosas, pero es muy interesante localizar hasta qué límites se podía llegar en algo ya cotidiano como la supresión de la vida del enemigo. Ya San Martín en carta a su amigo el general Tomás Guido en 1829, había pronosticado (lamentándose de tal situación), que así como estaban las cosas era "absolutamente necesario el que desaparezca uno de los dos partidos de unitarios y federales por ser incompatibles la presencia de ambos con la tranquilidad pública" (Galasso, 2000, p.492)

Se puede sin embargo señalar un cierto grado de relativa tranquilidad bélica en la región hasta 1838, salvo las excepciones en 1836 del enfrentamiento en Pango en La Rioja, en donde el general Tomás Brizuela derrotó a Martín Yanzón, o Tucumán en donde Heredia derrotó y luego fusiló a Javier López después de la batalla de Monte Grande.

1838 trajo la muerte súbita de Estanislao López que llevó primero a Domingo Cullen (luego fusilado el 22 de junio de 1839) a la gobernación y posteriormente al hermano de López, Pablo, conocido como "Mascarilla", quien derrotó en El Tala (2 de octubre de 1838) a las fuerzas de Pedro Rodríguez del Fresno (Camogli, 2009, p.121). Pero esta "relativa" calma se sacudirá ese mismo año y mes con dos hechos al parecer separados, pero que más tarde se relacionarán de forma trágica para las vidas cotidianas de los habitantes del territorio. El primero la renuncia del presidente Manuel Oribe a su gobierno sitiado en Montevideo, que lo llevará exiliado a Buenos Aires y que le permitirá a Rosas a intervenir en la política del país vecino. Segundo, la toma de la Isla Martín García de una fuerza franco-uruguaya (cabe la aclaración que desde el 28 de marzo del mismo año la escuadra francesa del Atlántico se encontraba bloqueando el puerto de Buenos Aires).

Era el momento decisivo para renovar la lucha. El entonces gobernador de Corrientes, Berón de Astrada firmó hacia finales de 1838 un acuerdo con el nuevo presidente del Uruguay Fructuoso Rivera para atacar a Buenos Aires (aunque la prometida ayuda oriental se hizo esperar y nunca llegaría). Berón de Astrada avanzó sobre Entre Ríos para enfrentarse al general Pascual Echagüe el 31 de marzo de 1839 en Pago Largo. La derrota y muerte de Berón de Astrada cerró momentáneamente este capítulo correntino, pero nos permite entrar nuevamente en tema con los hechos de violencia. Hay todo un debate respecto a esta batalla, puesto que el número de muertos en el parte de Echagüe resulta muy exagerado: "El enemigo dejó sobre el campo de batalla 1.960 hombres muertos, contándose entre éstos 84 jefes y oficiales, y el cadáver del Gobernador y Capitán General de la Provincia, General en Jefe del Ejército traidor¹² Genaro Berón de Astrada. Además 450 prisioneros" (Ruíz Moreno, 2008, p. 101)

En primera instancia, y más allá de la mutilación de la piel de Berón de Astrada, lo cierto es que la polémica historiográfica se relaciona sobre el número de degollados después del combate. Al parecer viejas cifras sostienen que ochocientos fueron los

¹¹ No avanzamos sobre todas las formas de violencia simbólicas del período dado que ya están muy tratadas por otros autores.

¹² Las negritas son mías.

muerdos luego de la batalla, pero tanto Ruiz Moreno como Beatriz Bosch (historiadora especializada en la biografía de Urquiza) calculan el número en treinta (al menos en lo que respecta a las órdenes de Urquiza) según la carta escrita a Rosas en 1847 por el propio Urquiza. El mencionado Camogli e Ignacio Camps en su *Campaña del "Ejército entrerriano Confederado"* de 1944 creen más factible el número de cuatrocientos. Más allá de las presunciones y diferencias en las cifras, serán varias las batallas del período que se acercarán a tales cifras y de las cuales hay bastante información más completa. En cuanto a la mutilación de Berón de Astrada, que recuerda en parte al trofeo de la cabeza de Ramírez, es muy interesante el artículo de Isidoro Ruiz Moreno en la Revista de Historia Militar (Nº 2) en donde trata con abundante documentación a las presuntas "matanzas de Urquiza", y donde el investigador deja en claro las intenciones difamatorias contra Urquiza de varios personajes (como el doctor Mantilla), demostrando la inocencia del caudillo en la profanación del cadáver de Astrada, y el aumento desmedido en los números de fusilamientos achacados a su persona. (Ruíz Moreno, 2013, pp. 49-111)

Este preludio de hostilidades de 1839 tendrá luego varios hitos. El primero fue la liberación de José María Paz luego de ocho años de prisión (algo bastante extraño teniendo en cuenta que era muy probablemente la mente militar enemigo con mayor capacidad), el segundo fue la conjuración liderada por el teniente coronel Ramón Maza (hijo del presidente de la Sala de Representantes y figura cercana a Rosas, el diputado Manuel Maza) que fuera descubierta a tiempo, con la subsecuente captura del susodicho, acaecida el 24 de junio. Tres días después, su padre sería asesinado a puñaladas por el capitán de la Mazorca Gaetán en su despacho, y Ramón Maza fusilado al día siguiente. Tercero, la vuelta de Lavalle luego de diez años, quien con la ayuda francesa el 2 de septiembre desembarcaba en Landa (a 20 kilómetros de Guleguaychú), para luego con apenas cuatrocientos hombres vencer al coronel Vicente Zapata, quien lo triplicaba en soldados, en la batalla de Yeruá. El cuarto hito fue el levantamiento de los Libres del Sur (ligado a la conspiración de los Maza, pero a destiempo) en donde buena parte del sector de hacendados de aquella región, que otrora apoyara a Rosas (incluyendo uno de sus hermanos), se puso en su contra. Dicho episodio terminó con su derrota en la batalla de Chascomús y con un saldo de doscientos cincuenta muertos (entre ellos el coronel de origen francés y héroe de las guerras de la independencia Ambrosio Cramer). Otro de los líderes, Pedro Castelli (hijo de Juan José Castelli) pudo huir, pero alcanzado cerca de la laguna del Durazno y fue muerto. Su cabeza cortada fue expuesta sobre una pica en la plaza central de Dolores, como lo expresa el parte del coronel Prudencio Ortiz de Rozas (hermano del Restaurador): "...hoy por la mañana amaneció puesta encima de un palo en la plaza de Dolores, donde estos desnaturalizados y espúreos americanos desplegaron sus nefandos y traidores planes" (Ruíz Moreno, 2008, p.132), finalmente parece ser que permaneció ahí varios años hasta caerse luego de una tormenta ¡tanto miedo y odio existía entonces! Sólo uno de los jefes de la rebelión, el mayor Manuel Rico, sobreviviría unos años hasta encontrar su muerte en la batalla de Sancala (1841). El año 39 se despedirá con la batalla de Cagancha en donde es derrotado Pascual Echagüe por Fructuoso Rivera con varios cientos de muertos.

A partir de 1840, asistiremos a un incremento en las batallas durante los siguientes cuatro años (sesenta enfrentamientos entre batallas, combates y encuentros menores) con Cayastá (en donde muere Mariano Vera y el último de los hermanos Reynafé, Francisco), Don Cristóbal (una especie de empate técnico en donde sin embargo muere el general José López "chico"), Sauce Grande en donde es derrotado Lavalle y donde las cifras de fallecidos varían según cada jefe (para Echagüe fueron seiscientos muertos unitarios, para Iriarte doscientos cincuenta en total y para Lavalle en su parte reconoce ciento treinta bajas propias contra doscientas del contrario, finalmente para

Félix Best son quinientas las pérdidas unitarias contra unos ciento cincuenta federales) (Best, 1960, p. 412).

Dos cosas diremos mientras avanzamos en el tema: la primera, referida a las características de las tropas en acción y, la segunda, sobre un nuevo teatro de operaciones que se suma: el norte. Respecto a las fuerzas beligerantes, es importante notar que en estas campañas las tropas federales contaban con una casi ilimitada capacidad de recursos, desde lo armamentístico hasta algo más que básico y necesario por las características geográficas de aquellas guerras: la caballada. Estos recursos remitidos en gran medida desde Buenos Aires permitieron la formación constante de sus ejércitos, integrados en buena proporción por tropas de línea. Por el contrario, las fuerzas “unitarias”¹³ se encontraban muy escasas de todo, pero fundamentalmente de algo que es central en toda organización militar, la disciplina. Es paradójico pensar que la “inversión” de papeles fuera tan evidente. La imagen de montoneras federales es para nosotros algo muy común, como así también fuerzas disciplinadas, uniformadas, armadas y entrenadas del lado “unitario”, pero esto fue decididamente al revés. Al menos en lo que se refiere a esta campaña de Lavalle. En sus *Reminiscencias Históricas de un Patriota* Benjamín Villafañe nos deja una interesante mirada al respecto cuando expresa que: “¿Era que (...) Lavalle, profundamente impresionado por sus recuerdos de diez años atrás, en que al mando de fuerzas bien disciplinadas, había sido vencido por montoneras; eran esos recuerdos, repito, los que habían inducido a cambiar de táctica y plan de operaciones en su cruzada de 1840, contra Rosas?” y agrega en cambio que en “Rosas se había operado el mismo cambio; pero en sentido inverso; de montonero que había sido en 1831, habíase vuelto militar serio, en los días á que asistimos. La organización y movimientos de sus fuerzas, eran ahora correctas, prevaleciendo en ello marcada predilección por las armas de infantería y artillería...” (Villafañe, 1990, p. 78)

En este sentido, el mismo general Paz en sus *Memorias póstumas* detectó similar problema sobre un Lavalle que “educado en la escuela de San Martín, se había nutrido con los principios del orden y de regularidad que marcaron todas las operaciones de aquel general (...)” y sin embargo “esta vez quería el general Lavalle vencer a sus contrarios por los mismos medios con que había sido por ellos vencido, sin advertir que ni su ubicación, ni su genio, ni sus hábitos, podían dejarlo descender a ponerse al nivel de ellos” (Paz, 2000, p. 275). Fuera con las tropas que fuera, finalmente Lavalle dirigió sus pasos y fuerzas rumbo a Buenos Aires por el Paraná, algo tarde para los revolucionarios de los Libres del Sur, y significó una traición para el gobernador Ferré que lo había provisto de todo. Mientras tanto habría que agregar la segunda cuestión: la insurrección contra Rosas que se produciría en el norte, de la mano de quien el mismísimo Restaurador había puesto con la misión de reunir los elementos bélicos que habían sobrado de la guerra contra el mariscal Santa Cruz, el general Gregorio Aráoz de Lamadrid. Luego de realizar uno de los cambios de bando más rápidos de la historia argentina “el resucitado del Tala” organizó la Liga del Norte, que muy pronto sumaría a la guerra al resto del territorio.

Finalmente el derrotado de Lavalle (ya en tierra) no sirvió de mucho, pero sí dejó en su recorrido saqueo y devastación, como bien refleja el general Iriarte, citado en el trabajo de Ruíz Moreno, cuando pasan por una estancia de San Pedro: “En el momento en que la columna hizo alto, una tercera parte del Ejército se desbandó en tropel y salió al galope sobre las casas a cuya inmediación estaba el rodeo: rompieron en vivo fuego sobre los animales vacunos y la escena parecía una acción campal” (Ruíz Moreno,

¹³ Nos referimos a fuerzas unitarias (como ya se sostuvo) aunque debe pensarse que para el régimen rosista todo enemigo pasaba por unitario. Es por tal motivo que la denominación “unitario” aparece recurrentemente entre comillas.

2008, p. 191) Tras llegar en su avance hasta Merlo, Lavalle debió retroceder rumbo a Santa Fe ante la evidencia de que el pueblo de Buenos Aires no se levantaría en armas y ante el fortalecimiento progresivo de las fuerzas en su contra. Esto desencadenó más saqueos y daños de todo tipo por parte de su ejército, como bien lo refleja el ya mencionado Villafañe en sus memorias: “La licencia de su tropa en ese retroceso, dícese, fue espantosa”. Y agrega que cuando le habló al general sobre la indisciplina, Lavalle reaccionó con brusquedad diciendo a su vez: “¡Disciplina, dice usted! ¡Orden y piedad para Rosas y los suyos! ¿Y sabe cuáles son los suyos? No solamente Oribe, Pacheco y Lagos; son todos esos cobardes que se dicen sus enemigos y que, sin embargo, autorizan con su inmovilidad y silencio las atrocidades del bárbaro que los azota y humilla ¿Disciplina en nuestros soldados? ¡No! ¿Quieren matar? ¡Déjelos que maten! ¿Quieren robar? Déjelos que roben.” (Villafañe, 1990, p. 80). Claro queda el nivel de desentendimiento respecto de la violencia ejercida.

Por otro lado, al alejarse el “Ejército Libertador”, se va a desencadenar una feroz represión por parte de la Mazorca sobre las poblaciones de la ciudad y la campaña. La Mazorca ya había actuado un poco antes, en mayo, con la ejecución del coronel Francisco Lynch y otros compañeros antirrosistas que intentaban embarcarse rumbo a Montevideo. Este hecho es muy conocido dado que la novela *Amalia*, de José Mármol lo relata al comienzo. La represión desatada dejaría como saldo centenares de casas saqueadas y cerca de veinte muertos, entre ellos el único hijo varón del general Viamonte. La “refalosa” o “violín o violón” eran las formas de llamar al método más común para exterminar a los contrarios al régimen, en ambos casos eran eufemismos del acto de degollar. Estos se volverían a repetir tiempo después, para 1842, tras un intento fallido de asesinar a Rosas, reviviendo el terror en las calles. Veremos que muy pronto este sistema represivo se trasladará a todo el interior cuando los ejércitos de Rosas salgan tras las fuerzas enemigas.

Lavalle, mientras tanto, invade Santa Fe y se hace con su capital. En este momento Rosas debe hacer actuar la cláusula del Pacto Federal en donde las provincias deben asistirse mutuamente quedando como jefe supremo de las fuerzas federales el gobernador afectado, en este caso José Pablo “Mascarilla” López. Pero Rosas pone al frente del mismo al oriental Manuel Oribe (cuestión que será en gran medida causa de la defección de Mascarilla hacia el bando “unitario”). Oribe realizó una prodigiosa hazaña al recorrer ciento cincuenta kilómetros en dos días con sus fuerzas para alcanzar a Lavalle. El esfuerzo tendrá su recompensa, dado que luego del desencuentro entre Lamadrid y Lavalle, este último ya en territorio cordobés se enfrentó finalmente contra las fuerzas de Oribe el 28 de noviembre de 1840 en la batalla más sangrienta de las guerras civiles hasta entonces, Quebracho Herrado (Córdoba). “El ejército unitario tuvo 1.500 muertos y perdió 500 prisioneros y la artillería” (Best, 1960, 421). Una nota al pie es el hecho de la liberación del general Eugenio Garzón en pleno combate por parte de Lavalle, con la condición de que se asegurase la vida del oficial del ejército “unitario” que lo acompañaba, el capitán Rufino Varela. Llegados donde Oribe, este lo mando a matar. A los prisioneros del batallón de Cazadores les tocará otra suerte (no por eso más favorable): serán trasladados al campamento de Santos Lugares (los que sobrevivieron a tal travesía de a pie) y luego trasladados Buenos Aires. Según relata el coronel Pedro José Díaz su jefe: “El ayudante (Mariano) Ortega, uno de los prisioneros, fue en el mismo día conducido a la cárcel y fusilado el 15 de febrero del mismo año. El teniente coronel (Manuel) Cano murió en la prisión sin ninguna clase de auxilios. El teniente (Francisco) Galian sufrió la misma suerte; y el 2 de abril de 1842 fueron fusilados en el cuartel de Retiro, a mi presencia, los tenientes coroneles (Manuel) Soares y (Saturnino) Navarro, el sargento mayor (Juan José) Pérez Mendoza, y los capitanes (Faustino) López, (Mariano) Llanos y (Domingo) Castañón, todos oficiales capitulados conmigo en el Quebracho; 8 oficiales subalternos fueron engrillados por el mayor Moranchel y

sacados del cuartel en carretas para ser fusilados fuera de él, habiendo tenido después noticias que fueron conducidos al campamento para su ejecución” (Ruíz Moreno, 2008, p. 255).

Después de aquella batalla las fuerzas federales salieron a la “caza” de enemigos por todo el interior. Pensemos que todavía quedaban unos dos mil hombres con Lavalle, mil ochocientos con Lamadrid, quinientos con Solá, ochocientos con Avellaneda en Tucumán, mil doscientos con Brizuela en La Rioja, sin contar con las unidades de Paz y otras menores (Quesada, 1916, p. 36). El año de 1841 sería trágico para las fuerzas “unitarias”. La batalla de Sancala sería el primero de los desastres al ser sorprendido Juan María Videla por una fuerza liderada por el general Pacheco cuatro veces más pequeña. El saldo será de cuatrocientos muertos y más quinientos cincuenta y siete prisioneros (Benencia, 1973, p. 33), entre los muertos el coronel Manuel Rico otrora uno de los líderes de los Libres del Sur. Veintiuno de los oficiales capturados serían fusilados (Camogli, 2009, 151). En La Rioja, Brizuela es derrotado y muerto en batalla. En Angaco, San Juan, se produjo otra de las más violentas batallas, en donde las fuerzas menores en número de Acha derrotan al ejército de Aldao y Benavides con mil muertos contra doscientos cincuenta. Aunque poco después esta victoria “unitaria” sería doblegada y prácticamente aniquilada en La Chacarilla. Mariano Acha (hecho prisionero en dicha batalla) es luego fusilado por la espalda y decapitado por orden de Aldao. En Tucumán (septiembre de 1841), en la batalla de Famaillá, Oribe vuelve a derrotar a Lavalle, destruyendo definitivamente a su ejército. Marco Avellaneda, que intentó huir es capturado y degollado. Y veinte días después el mismísimo Lavalle es herido de muerte en aquel ya conocido episodio del disparo por el ojo de la cerradura en Jujuy. Prosiguiendo con el recorrido, esta vez con Lamadrid, el “Resucitado del Tala” será vencido a su vez por el general Pacheco en Mendoza, en la batalla de Rodeo del Medio días antes de la muerte de Lavalle. Con esta batalla se puso final a la Coalición del Norte.

Sin embargo, no todo estaba perdido, la lucha continuó en este caso en la provincia de Corrientes, en donde los “unitarios” bajo el mando del general Paz lograron una importante brillante victoria (probablemente la mejor en la carrera de Paz) contra el gobernador Pascual Echagüe en Caaguazú, que luego será malograda por las desavenencias entre el gobernador de Corrientes Ferré (quien proveyó el ejército vencedor) y Paz (quien lo llevó a la victoria). Lo cierto es que la derrota federal llevó a la gobernación al más capaz de los generales de Echagüe, Justo José de Urquiza, quien jugará un papel más que importante a partir de este momento.

Prosiguiendo con la etapa final, Urquiza junto con Oribe (y bajo sus órdenes) van a derrotar en Arroyo Grande (Entre Ríos) al nuevo jefe del ejército aliado (colorado y “unitario”, entre correntinos, santafesinos, entrerrianos y orientales), Fructuoso Rivera. Esta batalla ha pasado a la historia argentina como la más sangrienta de las guerras civiles con dos mil muertos y mil cuatrocientos prisioneros. Se ha comprobado que buena parte de los primeros fueron degollados con posterioridad a la batalla, en donde Oribe se ensañó con los oficiales orientales. Esta batalla da inicio a la llamada Guerra Grande por parte de Oribe, en su regreso después de cuatro años al Uruguay, y en busca de su revancha contra Rivera. En la denominada Guerra Grande, la batalla de India Muerta (1845) será una de las victorias cosechadas por el general Urquiza quien luego obtendrá además de las de Laguna Limpia (1846) contra los Madariaga, lo mismo que la definitiva Vences (1847). Como ya sostuvimos en anteriores párrafos, es muy interesante el artículo de Isidoro Ruiz Moreno en donde clarifica de forma categórica varias matanzas indiscriminadas y achacadas al caudillo entrerriano, así pues, no nos embarcaremos en tales aguas ya no tan turbias. La batalla que cierra este último ciclo es la afamada Caseros, que de alguna manera alcanza el cenit entre

las batallas de las guerras civiles¹⁴ por su significado, por su implicancia y consecuencia en la historia de este territorio. Pero es importante señalar que para una batalla de tamaña dimensión (pensemos que el número de combatientes casi alcanza los sesenta mil, algo inaudito para la época) el saldo es realmente mínimo de muertos (no por eso deja de ser un hecho trágico y sangriento), más allá de lo sostenido por Félix Best cuando computa “600 muertos y heridos aliados y en 1.500 los de los vencidos. Debe entenderse esta batalla entre las de aniquilamiento absoluto.” (Best, 1960, p. 472) Lo cierto es que Rosas finalmente derrotado, debe huir y marchar al exilio.

Este último ciclo dejó entonces como saldo aproximado unas ochenta y tres batallas, combates o encuentros menores, de los cuales cincuenta y siete se dieron entre los años 1840 y 1843. Según los datos de partes y oficios, la cantidad de muertos se acercaría a los trece mil quinientos, superando a los dos ciclos anteriores juntos, pero estas son cifras incompletas que en muchos casos por falta de información podría ascender a un estimativo y escalofriante número de diecisiete mil muertos. Las batallas más sangrientas de nuestra historia también están presentes en este terrible capítulo de las guerras fraternas, con Arroyo Grande a la cabeza, como así también con Quebracho Herrado, Angaco y la misma Caseros. Por último, la geografía de la guerra se esparció y tuvo su centro neurálgico en el Litoral, con trece enfrentamientos en Santa Fe, otros trece en Corrientes, once en Uruguay, diez en Buenos Aires, nueve en La Rioja, nueve en Entre Ríos, cinco en San Juan y finalmente tres en Córdoba y otros tres en Tucumán.

Así finalizamos este trabajo, sosteniendo en primera instancia que las llamadas guerras civiles, más allá de las definiciones específicas han sido verdaderos hechos lamentables. Que en vez de disminuir con el tiempo (como se ha constatado a lo largo de estas páginas) fueron subiendo en la escalada de violencia, en las acciones que excedían el hecho bélico en sí (ya violento por naturaleza). La muerte del enemigo en batalla ya no alcanzó a llenar el ánimo de las facciones enfrentadas, se buscó lisa y llanamente el aniquilamiento del otro y en gran medida producir el terror con horrendos crímenes. Si bien, cabe hacer una salvedad, ya que se pueden registrar situaciones aisladas de hidalguía como en el caso de Lavalle con el general Garzón, o de Pacheco que detuvo a las tropas federales que buscaban dar cuenta de las vidas de los prisioneros enemigos en Quebracho Herrado, sin embargo, la norma o regla fue el salvajismo de ambos lados. No se busca en este trabajo cuantificar cuál de los dos bandos ha sido el más bárbaro en estas contiendas, eso correrá por cuenta de los posibles lectores o del público en general. Sólo se realizará una aclaración: si bien puede acusarse al federalismo de Rosas como bárbaro y cruel (cuestión cierta sin lugar a dudas), quienes llegaron a dominar el “puerto” y la “aduana” después de él, aquellos que le endilgaron con razón su poder dictatorial, no terminaron con el terror o la violencia. Todo lo contrario: sucedió luego que los integrantes “ilustrados” de la generación del `37 accedieran al dominio de Buenos Aires. Como corolario de este período superado (en teoría), se reprodujo un accionar centralista y aniquilador que luego de Pavón se esparció otra vez derramando sangre por doquier. Pero esta es otra historia...

Bibliografía:

Álvarez, Julián. (2001). *Las guerras civiles argentinas*, (1914), Buenos Aires, Taurus.

Aráoz de Lamadrid, Gregorio. (1968). *Memorias (1850)* Buenos Aires, Eudeba, T.I

¹⁴ Pavón es la otra.

- Benencia, Julio. (1973). *Partes de las batallas de las guerras civiles 1814-1852*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1973. 3 Vol.
- Best, Félix. (1960). *Historia de las guerras argentinas*, Buenos Aires, Peuser.
- Bischoff, Efraín (1985). *Historia de Córdoba*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Burgin, Miron. (1982). *Aspectos económicos del federalismo argentino*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
- Busaniche, José Luis. (1979). *Historia argentina*. Buenos Aires, Solar/Hachette.
- Camogli, Pablo. (2009). *Batallas entre hermanos*, Buenos Aires, Aguilar.
- Camps, Ignacio. (1944). *Campaña del "Ejército entrerriano Confederado", 1839*, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- Galasso, Norberto. (2000) *Seamos libres y lo demás no importa nada, Vida de San Martín*. Buenos Aires, Colihue.
- Halperín Donghi, Tulio. (1982). *Guerras y finanzas en los orígenes del estado argentino 1791-1850*. Buenos Aires, ed. Belgrano.
- Luna, Félix. (1982). *Buenos Aires y el país*. Buenos Aires, Círculo de Lectores.
- Platón. (1996), *La República*, Buenos Aires, Eudeba.
- Paz, José María. (2000). *Memorias póstumas*, (1855), Buenos Aires, Emecé.
- Quesada, Ernesto. (1916). *La guerra civil de 1841 y la tragedia de Acha*. Buenos Aires, Imprenta Cubas.
- Rabinovich, Alejandro. (2015). Las guerras civiles rioplatenses: violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852), en *Guerras de la Historia argentina* de Federico Lorenz (comp.) Buenos Aires, Ariel.
- Ruiz Moreno, Isidoro, (2007) *Campañas militares argentinas, Tomo I*. Buenos Aires, Emecé.
- Ruiz Moreno, Isidoro, (2008) *Campañas militares argentinas, Tomo II*. Buenos Aires, Emecé.
- Ruiz Moreno, Isidoro. (2013). Las "matanzas" de Urquiza. De Pago Largo a Cepeda. pp 49-111, en Ruiz Moreno, Isidoro (Director), *Revista de Historia Militar*, Buenos Aires, Editorial Armerías, N° 2.
- Saldías, Adolfo. (1968). *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Eudeba. 3 Vol.
- Sarmiento, Domingo Faustino. (2006). *Facundo, o civilización y barbarie*, (1845). Buenos Aires, Porrúa.
- Segreti, Carlos. (1951). *La Economía del Interior en la primera mitad del Siglo XIX, Cuyo*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia. "El Eco de los Andes" de Mendoza, N° 56, año 1825.

Ternavasio, Marcela. (1995). "Nuevo régimen representativo y expansión de la frontera política. Las elecciones en el Estado de Buenos Aires: 1820-1850", en Annino, Antonio (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Montevideo, Fondo de Cultura Económica.

Villafañe, Benjamín. (1990). *Reminiscencias Históricas de un Patriota*, Tucumán, Editorial Fundación Banco Comercial del Norte.